

El prisionero de la torre VIOLENCIA

El Maestro gotea sangre a borbotones. Huye; le persiguen; le acechan. Se oyen los ladridos de los perros que le buscan y el rechinar metálico de sus carceleros robóticos.

-“¿El infierno?”- se pregunta a sí mismo-

-“Eso es el paraíso en comparación con esto”-mientras repite una y otra vez:-

Lucha prisionero
Lucha prisionero

Controla tu mente
No es más que un juego

Lucha prisionero
Lucha prisionero

Tu vida o la muerte
Claudica en tu empeño

Lucha prisionero
Lucha prisionero

-“Los versos me atrapan cuando los carceleros me acechan. Mi boca amarga los versos que dice ¿Cómo conservar la cabeza en la oscuridad?”

El Maestro se ha transformado en el prisionero de la torre de marfil que lucha contra sus propios demonios. En la cárcel de la Ballena Europea el peor castigo no son los barrotes sino uno mismo. La identidad personal ha desaparecido. La memoria ha sido suprimida. El prisionero debe conseguir escapar de sus miedos internos y conservar la cordura. Es el alto precio que pagan los disidentes al luchar por sus ideales. El sistema sabe cómo hacerles sufrir.

El prisionero de la torre Un nuevo amigo

El Maestro yace en una esquina. A su alrededor hay un barullo ensordecedor que no le deja conciliar el sueño. Lleva galaxias sin dormir.

“CLIN, CLAN, CLUM....PUF, PAF, PUF... RING, RANG, RUNG...”

Los sonidos se entremezclan en su cabeza. Le duele; necesita aliviarse. Se masturba. Nada. Los ruidos persisten. Prueba una nueva estrategia y empotra la cabeza contra la pared. Solo consigue romperse la ceja.

“PRRRRR, JRRRRR, JASJASJAS...JIJIJIJJ, JUARRRRR, FUZZZZZZZ...”

Los sonidos cambian. Observa el suelo. Hay un charco con un líquido viscoso. Su sangre. Baja la cabeza y bebe. Está amarga pero le gusta. Hay demasiada oscuridad para ver nada. Cierra los ojos. Cree vislumbrar algo entre la penumbra. Un nuevo amigo. Se parece a él pero le da igual. Le saluda y los monstruos desaparecen.

-“Hola amigo. Me llamo Maestro ¿Y tú cómo te llamas?”

-“Prisionero. Mucho gusto”

EL prisionero de la torre

Relato mágico

Las miradas se entrelazan. Se oye un suspiro en la última celda de la torre de marfil.

-¿A quién le toca hoy?

-Creo que a ti

-¿Qué quieres saber de mi vida?

-Tus peores pesadillas.

-Ya no tengo de eso. La realidad ha conseguido superar la ficción.

-Entiendo...

Hubo una larga pausa. El silencio de la torre les envolvió. La oscuridad en la que estaban subsumidos les había hecho olvidar como era su propio rostro. Ya no tenían miedo, pero no podían parar de temblar. El nuevo día llegó. O eso creyó, creyeron. No había manera de saberlo.

-¿A quién le toca hoy?

-El hoy es relativo por si no te has dado cuenta a estas alturas. No sabes en qué puto día vives, imbécil.

-Siempre te pones de mal humor cuando es tu turno.

-¿Qué quieres saber?

-Hoy no quiero saber nada. Quiero jugar.

-Vaya...

-Lo que has oído. Estoy harto de la oscuridad. Quiero que me hagas imaginar algo. Inspírame.

-De acuerdo. Cerremos los ojos.

-Eso ya da igual. En la torre no hay ojos que valgan.

-Abre tus oídos entonces. Te contaré una historia que de pequeño me hizo estremecerme. Necesito sentirme vivo otra vez.

“Se abre un micrófono de radio generando alguna que otra interferencia por transmitir desde un bunker. El programa acaba de comenzar y ya se escucha como música de fondo la melodía desafinada que introduce al contertulio. La palabra es para la locutora Aurora Herrera que transmite desde las alcantarillas de Madrid.

-Buenos días queridos oyentes. Hoy tenemos aquí con nosotros a Clara y a Lucas. Estoy segura que todos ustedes recordarán perfectamente la noche del 23 de febrero de 1993 ¿No es así? Ellos fueron los primeros testigos de aquella hecatombe y hoy les tenemos aquí con nosotros en riguroso directo para que narren cómo empezó todo. Buenos días Clara. Buenos días Lucas ¿Quién quiere comenzar?

-Buenos días Aurora. Creo que me toca a mí ¿No Lucas?- Preguntándole a su hermano- De acuerdo, allá voy pues. Todo empezó por la noche en nuestra casa del centro de Madrid. Para quien no lo sepa, nosotros somos mellizos y por aquel entonces teníamos veinticuatro años. El fin de semana anterior habíamos acabado los exámenes de la universidad y decidimos realizar una cena entre amigos para celebrarlo.

-¿Cena?- interrumpiendo a su hermana abiertamente- ¡Aquello no era una cena! ¡Era un festín! ¡Un derroche! ¡Una bacanal! ¡Un banquete en toda regla!

-La verdad es que mi hermano tiene razón. Se nos fue de las manos e invitamos a demasiada gente. Afortunadamente nuestra casa era un pequeño palacete del siglo XIX y aguantó sin problemas aquel vaivén de personas continuo. Los invitados trajeron presentes de todo tipo: ropa, juegos, alcohol, comida, alguna que otra sustancia dudosa, etc. Fíjate lo absurdo de la situación que alguien trajo hasta un perro vagabundo que se llamaba peet. Pero sin duda el regalo que nos marcó fue el del encapuchado ¿Lo recuerdas Lucas?

-¿Cómo podría olvidarlo hermanita? En aquella época nos daba todo igual. Cualquiera que viniese a nuestra casa era bienvenido y tenía un plato de comida caliente y una cama para dormir. Habían pasado toda clase de sujetos por aquellas cuatro paredes pero ningún como el encapuchado. Llegó aquella noche con la cabeza cubierta y no

habló con nadie. Solo se acercó a Clara y le dio su presente para la fiesta.

-Yo pensé-retomando la hermana el hilo de la conversación- que era un colega de algún conocido. Me susurró al oído cuatro palabras: "Bébetelo. Te hará bien". Y me entregó un bote negruzco. Yo que siempre he sido de compartir las cosas fui inmediatamente a ver a Lucas para que nos lo bebiéramos juntos ¿Y entonces qué pasó?-mirando a su bobalicón hermano- Que a este auténtico mentecato se le ocurre la genialidad de mezclar en una ensaladera todos los alcoholes de la sala y aderezarlo con la nueva adquisición. Dicho y hecho. Aquel brebaje sabía a rayos pero consiguió el efecto deseado por el encapuchado.

-Me acuerdo que las corbatas se aflojaron de los cuellos-decía Lucas- y pasaron a colocarse en la cabeza. Aquí mi hermanita junto con la gente de la facultad hizo una conga por mitad del pasillo rompiendo unas cuantas cosas. Sin embargo yo fui el primero en sentirlo. Aquella punzada de dolor en el pecho como si algo se fragmentase en tu interior; aquel malestar general indescriptible; aquel sentimiento que te aprisionaba robándote el oxígeno. Estaba claro que en la bebida había algo fuera de lo común. Fui al baño a enjuagarme la cara. Las manos me temblaban. Me agaché a limpiarme. Decidí hacer una inmersión total durante cinco segundos bajo el agua. Cuando me levanté me asuste mucho: ¡Zas! ¡Zas! ¡Zas! Y otra vez a lo lejos ¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!. Alcé la vista al frente y allí lo vi. O mejor dicho me vi. Era, era... No sé cómo describirlo pero allí estaba. Mi clon, mi yo personal, mi reencarnación, mi cadena genética. Seguía mirando al espejo como si fuera una realidad paralela y estuviera atrapado en algún extraño lugar. Sin embargo, cuando giré la cabeza a la derecha allí estaba clavándome sus ojos como si fueran puñales. Pensé: "Lucas, estás como una jodida cuba" y en ese preciso instante se abalanzó sobre mí. Me desplomé en estado de shock.

-Los que estábamos haciendo la conga por el pasillo empezamos a sentir también aquella fuerte presión en el pecho-decía clara-. Recuerdo que saltaron los plomos y nos caímos al suelo. Dormí como una eternidad. Me desperté y estaba sola. Ni rastro de la conga ni del ambiente festivo. Todo había cambiado. El volumen de gente era muy alto en la casa. Había demasiadas personas y mucho jaleo. Eché un vistazo a mí alrededor y vi que estaba en el relleno del primer piso. La última imagen que tenía era la de Lucas en el baño del tercero. Corrí a su encuentro sin prestar atención a los cientos de rostros que gritaban y vociferaban a mí alrededor. No sé porqué, pero en aquel preciso instante todo me daba igual. Solo quería abrazar a mi hermano y preguntarle qué había sucedido. Llegué y nada más entrar por la puerta del tercer piso

le dije:

-¡Lucas! ¿Qué ha pasado?- me miró como nunca lo había hecho. Mi sangre se congeló. Se acercó hacia mí mientras sus ojos temblaban. Mostró sus dientes y parecían más afilados de lo habitual. Su expresión salía del mismísimo infierno- ¿Qué te ocurre?-le dije mientras venía corriendo a mí encuentro.

Me abofeteó la cara tan fuerte que me tiró al suelo. Luego pasó de largo. Me llevé la mano a la nariz. Sangraba. Corrí al baño y... allí estaba Lucas. Esta vez estaba tendido en el suelo inconsciente. Pero... ¿Eso era posible? Había una mujer que me daba la espalda. Estaba encima suyo besándolo apasionadamente en la boca. Él no se movía. La muchacha tenía un vestido que me era familiar. Volví a gritar: "Ehh tu, ¿Qué coño haces con mi hermano?" La mujer se giró. Me temblaron las piernas como un flan y noté como el miedo se apoderaba de mí. Me oriné encima. La anónima era yo. Era yo la que tenía completamente corrido el pintalabios por estar besando a Lucas; era yo la que tenía el rostro desfigurado como si acabara de cometer un asesinato; era yo la que agarraba con firmeza un afilado cuchillo. Entonces caí al suelo y grité con todas mis fuerzas. Mi otro yo se asustó y salió corriendo. Mi auténtico hermano se despertó.

-Gracias a su grito volví en sí.-decía Lucas mientras retomaba el hilo de la historia- Tenía jaqueca y no entendía muy bien que había sucedido. Mi primera reacción fue ir hacia ella. La consolé y la ayudé a ponerse en pié. Estaba empapada. Miré al final del pasillo y los vi. Eran cinco y venían a por nosotros. Dos clones de Clara y dos míos. El quinto hombre era el encapuchado. Nos encerramos en el baño y atrancamos la puerta. Miramos por la ventana que daba a la calle y lloramos desconsoladamente. No había solo dos copias nuestras sino cientos de ellas; miles; diez mil corazones enfurecidos.

Fijamos mejor nuestra atención y vimos que no solo eran nuestras réplicas sino también la de nuestros amigos. Habían invadido la calle y se comportaban como animales sin moral alguna. Físicamente eran un calco a nosotros pero su comportamiento era antagónico al nuestro. Se movían por impulsos realizando las cosas que jamás nos hubiésemos atrevido a hacer por miedo al rechazo de nuestras familias o amigos. Eran incontrolables y desprendían un aura tétrica que no alcanzamos a comprender por aquel entonces ¿Verdad Clara?

-Si así es. Al poco rato de mirar por la ventana nos cayeron tres gotas en la cabeza. ¡Pam, pam, pam! Sentí en la frente. El resonar de estos tres fuertes impactos fue como

sentir tres puntiagudas balas atravesándome el corazón. Alzamos de nuevo la vista. Cinco cuerpos pendían de las cuerdas de tender de nuestro palacete. Las figuras inmóviles eran sombras pesadas que se mecían al rítmico ir y venir del viento sin aparentar voluntad alguna. Habían sido ahorcados pero no de una forma corriente. Estaban colgados por los pies. No tenían cabeza. Les reconocimos. Eran miembros de la fiesta; nuestros invitados; nuestros amigos. Lloramos mucho aquella noche...

Muchas gracias Lucas. Muchas gracias Clara por vuestro testimonio. No sabemos por qué decidieron dejar con vida a nuestros testigos- decía la tertuliana-. Solo sabemos que huyeron de la ciudad y que ahora campan a sus anchas. Lo que más me atemoriza es que ellos son una parte de nosotros; de la humanidad; de los pocos originarios que hoy en día quedamos. Algún día nos encontrarán y debemos preguntarnos: ¿Estaremos preparados? Espero que sí. Corto y cierro. Fin del programa.

El prisionero de la torre

Histeria

Una corriente de viento hace rugir la estructura del edificio entero. El prisionero se incorpora. Se ha despertado de su aletargado sueño.

-¿Hola?

Pregunta

-¿Prisionero?

De nuevo el viento mece la torre. Nadie responde. Su compañero de celda parece haberse esfumado. A fuera el viento golpea los muros. Se detiene un segundo y escucha su respiración más acelerada de lo habitual. Con la mano izquierda tantea la pared. Está fría y mohosa. La humedad de la torre parece haber calado hasta los cimientos. Toca y toca hasta llegar a algo metálico y frío.

-¿Hola?

Algo le moja los pies y nota una leve respiración sobre su nuca. Se estremece.

-¿Prisionero?

Nadie responde. Entonces se percata. Acaricia el frío mango metálico y lo acciona. La puerta se abre y se ve deslumbrado. La claridad le ciega momentáneamente. Abre los ojos. Le cuesta. El pasillo está en penumbra y sus ojos se habían acostumbrado a la negra oscuridad. Se los frota y analiza la situación. Está fuera de su celda. Camina con cautela por miedo a ser descubierto. De fondo suena una leve música trasnochada.

-¿Prisionero?

Es el jazz de su infancia. La melodía que el violín de su padre proyectaba en la plaza del distrito uno. Sonríe y corre hacia ella con el corazón en un puño. Solo quiere abrazarle. Abre la primera puerta.

-¿Papa?

La segunda, la tercera, la cuarta...

-¿Papa?

Con lágrimas en los ojos observa la última celda situada al final del pasillo. La Quinta. Su última esperanza. Corre anhelante hacia ella y la abre con toda sus fuerzas. Está completamente a oscuras. La música ha dejado de sonar. Da el primer paso hacia su interior. Deja tras de sí el quicio de la puerta.

-¿Papa?

De nuevo siente ese aliento en la nuca; ese soplido enfermizo que le pone los pelos de punta; esa brisa que le cala los huesos hasta retorcerse. Mira al frente y ve a su desaparecido compañero.

-¿Prisionero?

Se acerca hacia él observándole gracias a la escasa luz que entra por la puerta entreabierta.

-Nunca te había visto así. Estás patético con ese pelo largo y viscoso. Das asco ¿Y tus manos? Están deformadas y llenas de heridas por la humedad.

Silencio

-¿Prisionero?

La puerta se cierra tras de sí volviendo a dejar la celda en completa oscuridad.

-¿Prisionero?

Silencio

-¿Prisionero?

Toca la pared con las manos buscando el ansiado picaporte que le transporte de nuevo a la luz y a la música. No lo encuentra. Ha desaparecido. Furioso golpea la pared con los puños hasta que estos sangran. El muro indemne se ríe de él y le da la bienvenida de nuevo a su celda. Salibando corre furioso hacia su compañero por haberle traído de vuelta. Le embiste.

-¡CRASH!

Cae al suelo ensangrentado y lleno de cortes. Un destello aclara la imagen de la celda y le hace ver la situación. Está rodeado de cristales rotos. Mira a su alrededor y no ve a nadie. Solo cristales y más cristales ensangrentados. El suelo es una alfombra de puntiagudos fragmentos que reflejan la imagen de su compañero; de él mismo. Los coge con las manos y los empotra contra la mohosa pared. Salta sobre ellos entre gritos de dolor aplastándolos con la planta de los pies. Gime.

Fatigado cae sobre la fina alfombra reluciente. Solloza de dolor al mirar todas sus extremidades atravesadas por las punzantes esquirlas. Se ve reflejado en ellas. Su compañero ha desaparecido. Solo queda él. Su corazón enjuto se encoje de tristeza. Lloro.

SOLEDAD.

El prisionero de la torre

Disertaciones filosóficas de un enfermo mental

El prisionero se incorpora. Las heridas producidas por la soledad ya han sanado. Observa su celda estanca. Ésta está iluminada por un pequeño haz de luz proveniente de una ventana en el tejado de la torre de marfil. Juguetea infantilmente con el cañón de brillo: hace sombras con la mano, figuras y monerías. Calla y se incorpora. Ha tenido una brillante idea que no puede esperar.

Corre a toda velocidad por su celda circular ordenando objetos imaginarios que coge, arroja y coloca indistintamente. Se detiene y mira enfrente suyo. Tuerce los labios a modo de mueca. Aprobación. Ha hecho un buen trabajo. Su auditorio está listo para la clase magistral. Él es el Profesor de la Torre de Marfil. Se sienta encima de la mesa de aire observando cómo sus alumnos toman asiento en sus butacas de nube. Han venido por él. Para verle. Para escucharle. Le quieren. Respira profundamente y se llena de gloria. Coge la tiza y comienza la historia.

“El aire pesa al igual que pesan las moléculas y los átomos más diminutos, querido auditorio. Hay veces que su densidad es tan fuerte que nos empuja a bajar la cabeza y andar de forma gacha. Cabizbajos, con las manos entre los bolsillos, solemos andar por las negruzcas calles de la Ballena. Maldito aire... ¿O no será el aire? Quién sabe. A lo mejor es que hay cosas que no podemos ver, pero sí que suceden; si que existen. La imaginación es nuestra aliada en estos casos. Aunque no sabemos si esa imaginación será producida por el deseo de creación, o si simplemente está generada por la reproducción de lo que hemos aprendido en la industria de la vida. “¿Acaso existe algo realmente puro?”-señalando a un alumno de primera fila que se encoje de hombros- “Mierda. La verdad es que yo tampoco tengo ni puta idea, chaval”.

“Las personas dotadas de una gran inteligencia tienen ese don. “¿A qué don se referirá

este mamarracho os podréis preguntar?” Pero... ¿Acaso no es obvio? Nada de premoniciones ni de esas gilipolces; ni de designios de gordinflones curas iluminados. No... No. Nada de eso. El don viene dado por la capacidad resolutive de problemas; mal llamada en muchas ocasiones inteligencia. Aun que quizás habría que definir este término antes de entrar en materia. No es lo mismo una persona inteligente que una persona lista. Los diccionarios os dirán que si y todas esas chorradas, pero la verdad es que quien los escribe forma parte de ellos; de la Cabeza de la Ballena; de la élite. En el distrito uno la cosa es muy distinta”.

El profesor se detiene para dar un sorbo a su café humeante que huele a jazmín y a cacao. Lanza una mortífera mirada a una alumna que vaguea en la cuarta fila. Una vez atienden todos, continua con su exposición.

“Confundir dos términos tan antagónicos es típico de la pedantería intelectual de algunos soberbios que no han vivido lo que piensan. Estas gentes generalmente no han pasado penurias, ni han conocido la pobreza, el trapicheo o la muerte. Han pensado en los conceptos pero no los han experimentado a flor de piel. Esa es mi especialidad. La vida, lo vivo; la muerte. Una persona estudiosa puede ser inteligente y tener la capacidad de comprender ciertas cosas a nivel teórico; de recopilar una serie de datos para almacenarlos en su interior o de aprender una rutinaria secuencia de sucesiones lógicas. Sin embargo, una persona lista; pícara; vivaz; es capaz de hacer esto y mucho más. Las personas inteligentes son reproductoras. Las personas listas son creadoras. Ellas se adaptan, analizan y fabrican nuevas situaciones con su ingenio. El conocimiento, creación que debiera estar al servicio del ser humano, no es un dogma de fe inquebrantable. Por lo que $2+2$ no siempre es igual a 4. Si queréis liberaros de la opresión de la Cabeza es algo que tenéis que aprender”.

El alumnado toma nota frenéticamente. Están a punto de desgastar el papel que sostienen con las manos. El Profesor de la torre de marfil está orgulloso de su suspicacia. Esta noche dormirá a pierna suelta. Una pena que mañana vuelva a estar solo. Solo en un auditorio vacío de mesas y silla áreas que chirrían. Solo con sus proyecciones fantasiosas. Solo con sus amigos imaginarios. Solo con su mente. Solo con sus ideas. Solo una vez más.

Los prisioneros de la torre de marfil. El payaso Anteo

La luna llena mece la cama de paja del maestro. Ajeno a su tempestad interna duerme a pierna suelta sin darle importancia alguna al vaivén de golpes que sus pensamientos

intercambian. Su boca abierta como un túnel de hierro armado deja caer al frío suelo la babilla que sale de su boca y que, día a día, ha dado vida a la pequeña planta repleta de ilusión y cariño que crece en su interior. La noche era apacible en la Torre de Marfil hasta que dejó de serlo.

El ojo izquierdo del maestro fue abierto para acto seguido ver como el derecho rodaba con gran frenesí por el suelo del habitáculo, yendo a parar a una alcantarilla mugrienta que estaba en la esquina más alejada de la cama. El maestro dio un brinco y empezó a sollozar. Intentó agacharse para recoger su preciado ojo del desagüe pero cayó de bruces contra el suelo. Sentía que su cuerpo no le pertenecía. Sus órdenes eran ignoradas por sus entumecidas extremidades y el dolor que debiera sentir por su ojo amputado era inexistente. Nada funcionaba como debiera. Sus neuronas, atascadas en el colapso cerebral de medianoche, se apoltronaban entre sí, discutiendo con sus vecinas sobre quién tenía la culpa de aquel embotellamiento insufrible que padecía el cerebro del maestro, el cual impedía coordinar sus capacidades motoras más básicas de una forma optima. El revuelo que había aquella noche en su cabeza no había tenido precedentes y toda la información que el maestro intentaba procesar parecía no tener coherencia. Tal era esta confusión que había olvidando por un instante quién era, qué hacía allí o porqué había sido apresado.

Por su parte, las libertinas neuronas de su cabeza tocaban el claxon de los automóviles, apremiando a la despistada disidente que había organizado todo aquel desastre para que se moviera con más soltura. La protagonista de la escasa circulación de ideas era la neurona Angustias, una anciana algo despistada que padecía una sordera tremebunda. Su automóvil, Enriqueta la Motocicleta, apenas alcanzaba los treinta caballos y avanzaba costosamente, dejando tras de sí una estela grisácea de humo que contribuía considerablemente al malhumor de sus conciudadanas. Por su parte, Angustias conducía canturreando una vieja canción de Frank Sinatra sin importarle un bledo el caos que tras de sí se extendía. Aquella noche había girado el timón de su vida trescientos sesenta grados para tomar un nuevo rumbo más atrevido y rompedor. Cuando se despertó por la mañana se sentía diferente. Vigorosa e inspirada, alzó la cabeza anunciando que jamás claudicaría en su empeño de llegar a su último propósito vital: ser más feliz y, por lo tanto, ir más despacio. El revolucionario cambio en sus hábitos no casó correctamente con los planes de sus enérgicas vecinas, quienes, hartas del lento movimiento de su compañera, decidieron tomar vías alternativas para arribar lo antes posible a su punto de destino. Neuronas cocineras, deportistas, ejecutivas, obreras... salieron del camino marcado emprendiendo un viaje que las condujo a senderos anteriormente inexistentes. Sin saber cómo, las neuronas viajeras habían transformando la realidad del dueño y señor de su pequeño universo.

El maestro se encontraba fatal por la repentina pérdida del ojo derecho y la interna transformación sufrida. Con un gran esfuerzo, reordenó sus pensamientos obligando a su cuerpo a posar firmemente sus manos sobre el suelo. El intento fue en vano y su barbilla volvió a golpear el asfalto. Su cuello se inclinó postrando su mirada en dirección a los pies. Su único ojo se abrió mostrando su asombro a la oscuridad de la sala. No tenía brazos. Sus extremidades superiores habían sido borradas con goma, arrancadas con un hacha oxidada o amputadas con una cizalla chirriante. Absorto miró todo su contorno con gran expectación por si algo más hubiera cambiado. Todo estaba en su sitio salvo aquella perdida irremplazable. Repto por el suelo mimetizando con su nuevo estado físico hasta su lecho de paja con el objetivo de poder pensar con claridad.

Una vez allí intentó recordar su nombre masticando las palabras en el paladar. Se sentía de otro universo.

-Anteo el payaso, tan triste y taciturno que ni los hombros podía mover para mostrar su apatía, ni los pies conseguía coordinar para avanzar sin tropezar por el camino. ¡Sí, eso es! ¡Así solían llamarme! Anteo el payaso al que sus propias lágrimas se le evaporaban por no querer tener contacto con su pálida tez y al que su débil cabello se le marchitaba por no aguantarle pegado a su grasienta cabeza. Anteo el tío feo, Anteo el bobalicón, Anteo el bujarrón, Anteo mamarracho cabrón, Anteo huevo fétido, Anteo ojo araña, Anteo, Anteo, Anteo...

El maestro se encontraba revolcándose entre las finas briznas de paja de su lecho cuando escuchó a lo lejos el retumbar de una puerta y varios golpes. Los gritos se sucedieron en la lejanía y el relinchar metálico de las bisagras de la celda le hizo temblar de pánico. Parecía el chillido de un infante degollado. El maestro guardó silencio abriendo bien el único ojo que le quedaba intacto. El viento imperturbable le trajo a su celda un leve murmullo tristón que no consiguió descifrar pero que no parecía amparar nada bueno. Sin pronunciar palabra volvió a revolcarse por el suelo, rodando como buenamente pudo hasta la alcantarilla de su celda, la cual amplificaba el sonido del corredor y las celdas contiguas. Estuvo allí tendido casi dos horas sin oír absolutamente nada hasta que por fin pudo percibir el llanto ahogado de una joven. Ésta parecía reprimirlo contra su pecho por vergüenza o miedo. Pero al fino oído del maestro nada se le escapaba y menos después de llevar tanto tiempo viviendo en la oscuridad más opaca.

Por un instante el Maestro sintió auténtico pánico “¿Sería una nueva jugarreta de la Torre de Marfil?” Tenía reciente en su memoria los sinsabores que había vivido con la historia de su padre o con sus clases aéreas en su solitaria celda, poniendo a prueba su intelecto y su cordura constantemente. De repente algo se le iluminó en su interior, obligándole a cerrar los ojos y apretar los puños con fuerza. Aliviado respiró profundamente. Los sentía. Abrió sus dos grandes perlas azules para cerciorarse de que allí estaban sus manos y todo su cuerpo indemne. Así fue. Una vez más la soledad de su celda le había jugado una mala pasada y su cordura parecía bailar con el diablo por momentos. Pero... “¿Era todo aquello una señal?” “¿Aquella joven sería un designio divino?” El Maestro ateo parecía rehuir sus convicciones para dejarse llevar por el fervor del momento diciéndose: “¡Ya nunca más estaré solo!” “¡Ya no tendré que soportar las torturas de la Torre sin ayuda!” El maestro volvió a escuchar de fondo el llanto impotente de la muchacha, al cual, sin pensárselo dos veces, respondió con todo su amor y sinceridad mientras yacía en el suelo.

-Deja de llorar muchachita. Ya no estás sola. ¿Cómo te llamas?

-Lara, la minera de las marismas ¿Y tú?

-Mi nombre es Anteo el Payaso Feo. No hay por qué preocuparse. Eres bienvenida a la Torre de Marfil.